



## NUESTRO VALLE EN TIEMPOS DE "EL OASIS", por AYALDE

EL ilustre escritor catalán don Juan Mañé y Flaquer, maestro de Maragall y Padre de Provincia de Alava y Vizcaya, dió a la publicidad, en 1879, una obra de tres gruesos tomos ilustrados a la que tituló «*El Oasis. Viaje al País de los Fueros*». Hacía pocos años del fin de la segunda guerra civil.

Terminada su visita a Navarra, a la que el autor dedicó el primer tomo de la obra, entra en Irún por Endarlaza, pasando después a Rentería por Oyarzun. He aquí la Rentería de aquel tiempo:

«La figura del pueblo es ovalada; tiene siete calles empedradas con piedra arenisca y una plaza en el centro, a donde convergen todas. Uno de los lados de esta plaza lo forma la casa del Ayuntamiento, y el otro la fachada principal de la parroquia, ambas de piedra sillar arenisca.

Antiguamente no se permitía transitaran carruajes por las calles de esta villa, para conservar su hermoso empedrado».

«Extramuros tiene el arrabal de la Magdalena, con una ermita dedicada a la Santa y una plaza muy espaciosa para corridas de toros. Otro arrabal hay llamado de Santa Clara, con una ermita dedicada a la Santa».

Ermita, esta última, que el agua se la llevó y en cuyo solar hoy trepida la *scooter* y brilla de noche luz fantasmal.

La población de Rentería se componía de 160 casas y unos 100 caseríos. Los edificios parecieron a don Juan Mañé de muy buen gusto, reveladores de una municipalidad rica y emprendedora, aunque, según advierte, en visible decadencia. Los habitantes eran unos 2.500. Fábricas había pocas, alguna de telas, de clavos y de «quinquillería».

(Continúa en la página 37)

## NUESTRO VALLE EN TIEMPO DE "EL OASIS"

(Viene de la contraportada)

En Rentería asistió por primera vez nuestro viajero al juego de pelota llamado *al largo*. Al partido por él presenciado acudió una gran multitud compuesta de gentes de toda Euskalerría, atraídas por la romería de Lezo del 14 de septiembre. La fama del Santo Cristo estaba entonces en pleno apogeo. Don Juan Mañé marchó a pie hasta Lezo, que de otro modo no le hubiera sido posible; la muchedumbre aglomerada en el camino impedía el paso de carruajes. La fiesta le resultó pintoresca y conmovedora, calculando en treinta mil el número de forasteros. Terminadas las funciones de Iglesia, la multitud se desparamó en grupos por los alrededores para comer al aire libre. A continuación comenzó el baile «con gran animación y alegría, mezclados los sexos y las edades con extraordinaria algazara, sin que tuviese ocasión de observar ni una provocación, ni una riña, ni una acción indecorosa, ni nada que viniera a turbar el expansivo y franco regocijo de aquel numeroso pueblo entregado a sí mismo».

Cierto es que la cifra de 30.000 personas concentradas no resulta hoy extraordinaria, cualquier partido medianejo de fútbol es capaz de arrastrar otro tanto, pero teniendo en cuenta los medios de comunicación y transporte de la época, se da uno cuenta de la enorme fama de la romería lezotarra, así como de la gran devoción hacia el Cristo negro de nuestra vecina Universidad.

Aquellas gentes, llegadas la mayoría a pie de todos los rincones de Vasconia, marcharon luego, al anochecer, hacia San Sebastián, para continuar danzas y juerga en la Plaza Nueva o de la Constitución. ¡Cómo estaría de ambiente y de color la Parte vieja donostiarra! Mas he ahí que a las diez en punto se presenta un alguacil, levanta su vara, cesa la música y se establece el más absoluto silencio. En pocos minutos las calles quedan vacías.

Don Juan Mañé elogia vivamente el civismo de un pueblo que, a pesar de la natural excitación por los excesos de comida y bebida tan propios de las fiestas, acata sumiso e inmediatamente la orden de la autoridad; una autoridad, por cierto, «tan débilmente representada».

«Un pueblo devoto en la Iglesia, alegre y expansivo en el campo, pero sin abusar bajo concepto alguno de su omnimoda libertad, y respetuoso en la ciudad con los más humildes representantes de la autoridad, para mí era entonces y es ahora un pueblo ideal, digno de todas las consideraciones y de la estimación de cuantos le conozcan.»

En Lezo vió, también por primera vez, bailar el *zortziko*, al que calificó de baile grave, decoroso. Lo presidía y dirigía el Alcalde, quien, en los tiempos de don Juan Mañé,

«es, no sólo el jefe popular, sino también el padre de sus administrados y debe asociarse a sus alegrías y desventuras». Todos los concurrentes al *zortziko* debían estar dispuestos a participar en él, sin excluir las más encoquetadas damas, que no podían desdeñar la invitación del más humilde labrador o artesano. En el *zortziko* estaban representadas todas las clases sociales y «confundidas en fraternal consorcio». El autor relata a continuación, minuciosamente, todas las particularidades de este baile, así como de «la orquesta que sirve para estos bailes», es decir, del silbo y tamboril.

Nuestro buen amigo cruzó un día la bahía de Pasajes en un bote tripulado por una batelera llamada Felipa, muchacha muy popular entre sus compañeras; decidida, ágil, fuerte, parlanchina, «aunque guardando en sus movimientos el mismo decoro que en sus conversaciones». La población de los dos Pasajes (Ancho no existía aún) era de unos mil trescientos habitantes.

El tocado de las famosas bateleras consistía en un sombrero de paja con cinta de color, en el que prendían un ramito de siemprevivas.

Felipa vestía chaqueta de lana morada, la saya exterior de color chocolate, y recogida para facilitar los movimientos; la saya interior negra y larga hasta los tobillos. Los pies descalzos, aunque otras bateleras llevaban calzado de cuero en el buen tiempo, y zuecos en el malo. Para la lluvia usaban impermeables de tela encerrada.

Por aquel entonces, el oficio de batelera estaba ya en decadencia y había perdido pintoresquismo. No eran ya libres, como las del drama de Bretón, ni se esforzaban ya con sus gritos y zalemas en atraer parroquianos. Las que vió nuestro turista estaban contratadas por una empresa y debían guardar orden riguroso en el servicio.

8

Acercas de la descripción de nuestro paisaje, entresacamos de la obra algún párrafo que otro:

«Esta comarca que hemos recorrido, y que forma lo que he llamado el cuello de ánfora, es preciosa y característica. La componen tres valles, o si usted quiere, un valle y dos medios: el de la derecha del Urumea, todo el valle de Oyarzun y el de la izquierda del Bidasoa.»

«Pintoresca es, vuelvo a decir, este valle ondulado y prolongado, especie de canal que ha servido de paso y de campo de batalla a tantos pueblos y razas, pero lo era mucho más cuando las necesidades y malas pa-



(De un grabado antiguo)

El baile histórico llamado "Bordon-dantza"

siones de los hombres no habían destruído los grandes bosques que cubrían sus laderas y los pintorescos caseríos que los poblaban.»

...«durante la última guerra se destruyeron a centenares las caserías de esta comarca, y esto nos lo están diciendo con su triste aspecto las muchas ruinas ennegrecidas por el fuego destructor en el trecho que hemos recorrido.»

Por estas últimas noticias se desprende que el oasis vislumbrado por don Juan Mañé comenzaba ya a agostarse.

Referente al elemento humano de nuestra comarca, tan sólo transcribiremos este breve pero rotundo elogio: «La población se distingue por la belleza de sus formas, la cultura de su trato y la severidad de sus costumbres.»

Decididamente, «El Oasis», obra escrita en fogoso elogio y defensa de este país, resulta hoy, a los ochenta años de su aparición, el reproche más serio que puede hacérsenos, a nosotros, los beduínos del desierto superpoblado.

AYALDE

## De Papirotomía



Angel Laquente dando el último toque, perdón, el último corte a una de sus figuras

Resulta que, cuando decimos que en Rentería hay artistas para todo, no exageramos ni un tanto así. Es cosa sabida que abundan los músicos instrumentistas, los cantantes, los pintores... Pero quizás no sea tan sabido que contamos con un hombre quien, a título de juego, sabe crear un mundo de figuras rebosantes de gracia.

Su estudio es cualquier sitio: el café, el paseo, el trolebús...

—A mí, me bastan unas tijeras y una cartulina—, nos dice Angel Laquente, pues éste es nuestro artista.

Nosotros añadimos mentalmente que hace falta algo más, bastante más. Hace falta un profundo sentido de observación, mucho ingenio y habilidad y un buen pulso.

Angel construye sus personajes directamente con la tijera, despreciando la guía del lápiz, y con una fácil rapidez que pasma.

En su opinión, y en la nuestra también, debía iniciarse a los niños en este arte como medio para afinar su sensibilidad, enseñarles a ver y no sólo a mirar, y desviarlos de otras distracciones que tienen poco de formativas y mucho de peligrosas.

De pasada nos dice, que sus creaciones han aparecido alguna vez en la revista «Sombras», de Barcelona, con gran éxito. No nos sorprende porque son realmente notables y en ellas se dan por iguales partes la ternura y la ironía.

Porque Angel, cuando quiere, sabe poner en solfa al mismísimo diablo, como puede verse en el grabado.

### UN ANIMADO ZOO DE PAPEL, OBRA DEL ARTISTA

